

La homosexualidad como perturbación y como lujo

Jorge Reitter

Volver a la lectura de los seminarios cuatro y cinco me remitió al uso que allí hace Lacan de las estructuras elementales del parentesco, según el esquema de Levy Strauss, y evocaba qué revelador había sido ese punto de vista cuando lo conocí por primera vez, hace ya demasiado tiempo. Fue una teorización que me permitió pensar como algo mucho más amplio que lo que abarca la conciencia, pero que no es sólo el inconsciente, comanda las relaciones personales, la intimidad de cada uno.

Cuando lo releía el otro día se me planteó una pregunta: ¿qué lugar tiene en este esquema la homosexualidad? La respuesta que me surgió inmediatamente fue: ninguno. En todo ese entramado de hombres, mujeres, linajes, tótems, lazos de parentesco, relaciones económicas y relaciones sexuales, de la homosexualidad ni una sola palabra, como si no existiera.

Darí la impresión que la homosexualidad sería una perturbación en ese esquema, algo de más, innecesario e incómodo, algo que no se sabría donde meter o para qué serviría. Lo que me seducía del esquema de Levy Strauss era que daba la impresión de que todo cerraba, y eso era tan atractivo que ni se me ocurrió pensar en lo que quedaba afuera. En ese esquema la homosexualidad produciría muchas perturbaciones. En los lazos de parentesco, en el lenguaje, en el cuerpo. Voy a tratar de enumerar algunas.

Si una parte esencial de la humanización de la humanidad es establecer diferencias, algo perturbador en la existencia de la homosexualidad es que parece desdibujar *las que establecen ciertas relaciones de poder*. La perturbación más evidente, creo, es que altera la división sexual de hombres por un lado, mujeres por otro; hombres sujetos, mujeres objeto. Como dijo un paciente cuando se veía a sí mismo en una filmación, en la homosexualidad el sujeto podría al mismo tiempo ser el objeto, él podría gustar de sí mismo. Se desdibuja, entonces, la división tajante entre sujeto y objeto. Pero también se altera en otro sentido: un hombre puede ocupar, en una relación homosexual, el lugar de una mujer, una mujer puede ocupar el lugar de un hombre.

Un hombre que es, como dice de forma tan fea el lenguaje, pasivo, ¿es un hombre o una mujer? Y un hombre que busca poseer a otro, ¿es un hombre? ¿Cómo se definirá lo que es

un hombre?, ¿el que desea una mujer, el que desea penetrar, el que se identifica a su falo?
¿Hasta qué punto alcanza con la polaridad hombre-mujer? Como para toda palabra será una
cuestión de definición, una cuestión al mismo tiempo semántica y política, pero que tales
preguntas puedan plantearse ya es una perturbación.

Perturbaciones en el lenguaje: hay que inventar nuevas fórmulas, ¿qué pasa con el “los
declaro marido y mujer” en una boda gay? ¿Los declaro mujer y mujer, los declaro marido
y marido? Inquietante. ¿No hay diferencia? ¿La diferencia se juega de otro modo? ¿El
lenguaje no alcanza? ¿Hay que inventar un nuevo lenguaje?

Perturbaciones en la segregación urinaria: ¿cómo debiera ser la división de los toillettes en
un bar gay? ¿Habría toilette para activos y toilette para pasivos? ¿Y otro para “versátiles”?
Sea como sea, otra discriminación que se perturba, la que separa el lugar de la micción del
lugar de los encuentros sexuales, lugares que la cultura tiende a separa justamente porque
algo los une.

¿Para qué sirve la homosexualidad? Bueno, no sirve para nada, por eso tantos quisieran
eliminarla, pero al mismo tiempo eso la emparenta con el lujo: tanto el lujo como los
desechos se podrían definir como lo que no sirve para nada. Supongo que una cultura tiene
que ser bastante compleja, sofisticada, para que se pueda plantear, como se está planteando
la nuestra, que pueda haber un lugar reconocido para la homosexualidad, no toda cultura se
da ese lujo. Un lujo como el incesto de los faraones o de los incas, otra perturbación de las
leyes de parentesco.